DRACO

8-9

SEPARATA

José Antonio Hernández Guerrero

"Fernando Quiñones. Un compromiso vital con su tiempo, con su espacio"

REVISTA DE LITERATURA ESPAÑOLA

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

1999

Fernando Quiñones: un compromiso vital con su tiempo, con su espacio y con su lengua.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO
Universidad de Cádiz

Si, desde la perspectiva crítica actual[1], emprendemos una detenida relectura de la variada obra literaria de Fernando Quiñones, y si, desde la situación histórica de este final del siglo XX[2], realizamos un examen retrospectivo de su diverso recorrido biográfico, llegamos a la conclusión de que, sorprendentemente, todos sus impulsos vitales y todas sus propuestas creativas nacen y se orientan hacia un mismo centro de conver-

---

[1] Nos referimos a las teorías *postestructuralistas* surgidas a partir de los años setenta que se caracterizan, como ha señalado Wayne C. Booth, uno de los más destacados del círculo de Chicago, por el *pluralismo* (1979, *Critical Understanding. The powers and Limits of Pluralism),* denominado también proliferación por Paul K. Feyerabend (1986, *Realism, Rationalism and Scientific Method. Philosophical Papers,* Cambridge, Cambridge University Press).

[2] Es una situación que, aunque implica cierto alejamiento y alguna extrañeza, no excluye, sin embargo, algún grado de fascinación. En nuestros análisis hermenéuticos, por lo tanto, tratamos de evitar el frecuente riesgo de la pérdida de la percepción de su aroma poético.

gencia. Desde esta óptica temporal y teórica, podemos comprobar cómo sus aspiraciones, sus proyectos, sus esfuerzos y sus logros poseen un rumbo circular, un doble movimiento, como los astros, de rotación y de traslación.

Como hipótesis para la elaboración de este análisis global, podemos proponer una conjetura que formulamos en los siguientes términos: el eje alrededor del que gira toda la actividad vital y profesional de Fernando Quiñones es su plena identificación con la tarea de escritor, su devoción por su tierra, su pasión por su historia y su dedicación a su lenguaje. Recordemos que, desde su adolescencia, Quiñones asumió la función de la escritura como la respuesta generosa a una llamada ineludible, como la entrega noble a una misión "sagrada", como el compromiso irrenunciable con sus gentes, como un destino insoslayable, fijado de una manera fatal.

Esta conciencia ética y esta voluntad estética de escritor constituyen, a nuestro juicio, los principios que otorgan unidad a toda su producción, son las claves que justifican sus paradojas y, sobre todo, son los criterios que proporcionan una explicación coherente de su zigzagueante trayectoria literaria y vital[3].

Vocación literaria

El primer rasgo y el más destacado en la personalidad de Fernando Quiñones es su temprana, su honda y su clara vocación literaria. Desde muy joven escuchó una inconfundible llamada para que escribiera, y decidió responder de manera fiel, leal y absoluta con la tenaz constancia

[3] Advertimos que este trabajo no se reduce a la mera formulación de un juicio estilístico, a la simple reseña o al comentario descriptivo de su obra, sino que, por el contrario, nos proponemos elaborar un análisis crítico que nos permita identificar los conceptos rectores y las ideas directrices que dotan de originalidad y de coherencia a la obra literaria de Fernando Quiñones. Mª del Rosario Moya Ramírez, en su monografía titulada *La concepción poética de Fernando Quiñones*, 1996, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad. Microfichas, ofrece un amplio y detallado panorama de toda su producción literaria y proporciona una exhaustiva información tanto biográfica como bibliográfica. Opinamos que, entre los trabajos que aún están por elaborar, se debería incluir una descripción razonada de la estructura de su narrativa, de los elementos, combinación y articulación de sus narraciones.

de creador. Orientó todas sus energías y todas sus actividades hacia esa meta irrenunciable. Sin reclamar medios materiales para escribir –para sobrevivir–, aceptó cualquier trabajo con tal que le dejara el tiempo suficiente y, sobre todo, que le garantizara la necesaria paz, para realizar su obra literaria.

Convencido de que el fin de cada hombre es abrir el camino que le conduzca a los anhelos deseados, pidió a la vida sólo unas dosis de inmensa soledad y unas cuantas pesetas –muy pocas– para alimentarse y para responder a su única ambición: la creación literaria. Para escribir le ha bastado un trozo de papel, un lápiz, un pedazo de pan y una copa de "chiclana". Este instrumental material ha sido suficiente para construir su abundante obra lírica, narrativa y dramática.

Desde su adolescencia comprendió que la literatura constituía, más que una tarea peculiar, una vida que debía vivir y llenar: una manera de pensar, de hablar y de comportarse; una forma de gesticular, de mirar, de escuchar y de vestirse. Por eso se fue edificando pacientemente una imagen poética de la existencia y fue modelando un personaje de escritor. Antonio Muñoz Molina lo explica de manera clara:

> *"Lo bueno de Fernando Quiñones es que no hace falta leer sus libros para darse cuenta de que es un escritor. Yo imagino que les ocurriría lo mismo a quienes conocieran a Ignacio Sánchez Mejías: que bastaba verlo caminar por la calle del brazo de la Argentinita, por ese Madrid imaginario y luminoso de los años treinta, para saber sin duda ninguna que era un matador de toros. Contra lo que piensa mucha gente, lo que define a un escritor no es su estilo, sino cierta actitud que existe antes de los libros y que importa más que ellos.* ("El secreto de Fernando Quiñones", Prólogo de El amor de Soledad Acosta)

Poeta y profeta

Amante de su lengua y de los personajes que la hablan, Quiñones se cree inspirado por una luz que lo invade, y siente una ineludible responsabilidad de anunciar sus mensajes y de denunciar los comportamientos que chocan con su peculiar modelo de mundo: la escritura, para él, es la manera de cumplir un deber ético y una función estética. Es oficiante de la palabra y un poco profeta que clama contra los ídolos y contra las supersticiones de nuestra sociedad de consumo, contra los cobardes,

los mezquinos, los aduladores y los llorones, contra el ruido de los grandes hombres y contra los aguijones de los mediocres. Mediante la literatura pretende librarse él y liberar a los lectores de las angustias generadas por las amargas realidades o por los agitados sueños, se alza contra los tópicos y contra la mediocridad burguesa y, de modo más específico, contra las corrientes literarias que han propiciado una situación de empobrecimiento de la lírica española, por eso, cuando cuenta historias o cuando compone poemas, no duda al decidirse por seguir propuestas estilísticas arriesgadas.

A través de la lectura de su obra asistimos al despliegue de una coherente y de una sólida visión del mundo, que atraviesa, debido a la misma mutabilidad de la existencia humana, por distintos estadios espirituales conformados, a su vez, por diversos cauces estilísticos y por diferentes fórmulas expresivas. Entre bromas y anécdotas, en todos sus textos e hipertextos[4] descubrimos un fondo indudable de verdad, todos ellos plantean problemas personales graves o conflictos colectivos serios. Quiñones está convencido de que la literatura es uno de los caminos más eficaces para dar salida a las inquietudes intelectuales, ideológicas, éticas y sociales, y ha sabido identificar esa acuciante necesidad que el mundo siente de escuchar historias que ayuden a las personas a explicarse y a redefinir su relación con los demás. La literatura es uno de los cauces –el más ancho– por donde tenemos la oportunidad de discurrir para confirmar las ansias, profundas o superficiales, que los hombres tenemos en común. No podemos olvidar que, como han explicado algunos teóricos (Pozuelo, J.M. 1993)[5], la ficción es, posiblemente, la modalidad expresiva que mayores consecuencias ha tenido entre las diferen-

---

[4] Usamos este término –"hipertexto"– en su sentido genérico, tal como lo define Gérard Genette: "todo texto derivado de un texto anterior por transformación simple *(transformación)* o por transformación indirecta *(imitación)*. La obra de Quiñones constituye, a nuestro juicio, un amplio muestrario de los diferentes tipos de transtextualidad: "architextualidad", "paratextualidad", "hipertextualidad", "metatextualidad", "intertextualidad". (1989, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado.* Madrid, Taurus: 17 y ss.)

[5] Pozuelo, J M. 1993, *Poética de la ficción,* Madrid, Síntesis. Cf. también Anderson Imbert, E., 1959, *El cuento español, Buenos Aires, Marymar* y 1979, *Teoría y técnica del cuento,* Marymar. Bajtin, M.M. 1982, *Estética de la creación verbal,* Madrid, Siglo XXI; 1989, *Teoría y estética de la novela,* Madrid, Taurus. Baquero Goyanes, M., 1963, *Perspectivismo y contraste,* Madrid, Gredos. Barthes, R., 1973, "Literatura y significación", en Ensayos críticos, Barcelona, Seix Barral. Bobes Naves, M. C., 1993, *La novela,* Madrid, Síntesis.

tes formas que la cultura humana ha imaginado para articular la relación del hombre con su medio[6].

Literatura y vida

Por eso Quiñones no duda en afirmar que sólo hay que escribir sobre las pasiones vividas, sobre aquellos asuntos y de aquella manera que le permita al autor, después, mirarse al espejo de la propia conciencia con tranquilidad y con autoridad moral: "hay que escribir –suele repetir– aquellas obras que a uno le hagan sentirse bien consigo mismo". Esta es la explicación más razonable de su recurso a la memoria, un procedimiento que tiene la finalidad de recuperar la propia identidad, de reconciliarse con el pasado y, a veces, de dejar testimonio de un período concreto de ese ayer, de preservar de la muerte el recuerdo de episodios vividos –experimentados o imaginados– por él mismo[7]. Aunque es cierto que, como han señalado algunos críticos, tanto sus relatos como sus poemas poseen un carácter eminentemente temporal y evocador de épocas pasadas, un análisis más detenidos de sus textos descubre cómo esas referencias a tiempos pretéritos siempre se pueden releer como claves interpretativas de situaciones actuales. Como muestras ilustrativas, nos sirve la serie de "Crónicas" en cuyos poemas narrativos el tiempo representa un factor fundamental.

---

[6] "La ficción, y en particular la ficción literaria, es algo más específico que un discurso sin valor de verdad o carente de capacidad denotativa. Es algo más en suma, que un discurso defectivo, y ello sólo puede entenderse en todo su alcance desde una perspectiva cultural, o, si se quiere, antropológica, a la manera, por ejemplo, en que Wolfgang Iser (1980 y 1990) proponía no hace aún mucho tiempo una antopología literaria" Cabo Aseguinolaza, Fernando, "Sobre la pragmática de la teoría de la ficción literaria", en Villanueva, Darío (compilador), 1994, Avances en ...*Teoría de la Literatura*, Santiago de Compostela, Universidad.

[7] Cf. AA.VV. 1958, *El tiempo*, (Primera Reunión de Aproximación Filosófico-cientifica), Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", (C.S.I.C.) de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza; Chatman, S., 1990, *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y en el cine*, Madrid, Taurus; Albaladejo Mayordomo, T., 1986, *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, Universidad; Martín Jiménez, A., 1993, Tiempo e imaginación en el texto narrativo,Valladolid, Universidad; Rodríguez Pequeño, F.J, 1995, *Ficción y géneros literarios*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma...

No es extraño, por lo tanto, que, utilizando diferentes recursos narrativos para reflejar lo afanoso y febril de la vida, y sin necesidad de acudir al procedimiento retórico tan actual de la introspección, sepa hábil y elegantemente ceder la voz a sus personajes para que sean éstos quienes expresen sin intermediarios sus opiniones personales y sus cambiantes estados de ánimo. Sólo reclama el derecho sagrado de retirarse de este mundo en paz consigo mismo.

Aunque es cierto que su modelo de mundo y su concepción del arte proceden de las tradiciones culturales y de las convenciones literarias más clásicas, y se insertan en las corrientes estilísticas más acreditadas, no es menos verdad que él las sabe traducir en fórmulas de personal modernidad, acomoda viejos mitos al ritmo de las propias vivencias o proyecta las experiencias más íntimas sobre espacios imaginarios originales[8]. Podríamos decir, usando una imagen, que adopta una actitud literaria que tiene sus antecedentes en la más pura ética caballeresca. Se basa en la creencia en ciertos ideales y defiende determinados valores no pragmáticos que hacen referencia al modelo de existencia a la que el hombre debiera aspirar: a su calidad de criatura espiritual. Posee la quijotesca tenacidad de comprender los comportamientos cotidianos e, incluso, la valentía de ofrecer la ayuda de su pluma a seres ya perdidos que no la necesitan ni, quizás, la quieren. Sus anécdotas aparentemente intrascendentes contribuyen a que se entienda mejor y más profundamente el mundo en el que vivimos, sus relatos, construidos de una manera casi teatral, ligera, picaresca y plena de humor, nos levantan la punta del velo de ese misterio en el que consiste la existencia humana. Sus episodios iluminan determinados rincones de nuestra geografía sureña y descubren los fondos oscuros de nuestra sociedad.

Su compromiso social

No todos los críticos han advertido que, cuando retrata seres degenerados o grotescos y que, cuando pinta un mundo de miseria física, psi-

[8] Martínez-Bonati (1983, *La estructura de la obra literaria*, Barcelona, Ariel, 3ª ed.) explica cómo la auténtica obra artística vive una tensión entre lo eterno y lo perecedero. Esta tensión es el resultado de la combinación de códigos tradicionales, que aseguran la inteligibilidad de la obra, y de códigos nuevos, que actualizan históricamente la creación artística y aseguran la regeneración de la agudeza perceptiva del receptor.

cológica o moral, está optando por el desamparado que viaja por este mundo haciendo frente a destinos inevitables o que se escapa de imposiciones injustas. Quiñones posee la grandeza de elevar un mundo de marginados a imagen de universo entero. Se compromete política y éticamente cuando pinta los niveles bajos de la vida y se preocupa por cuestiones como la justicia y las míseras motivaciones de los seres humanos. Quiñones jamás ha olvidado el compromiso del escritor con la actualidad del momento o con la inmediatez de la situación concreta en la que vive: su compromiso de ciudadano le ha llevado a hablar y a escribir sobre cuestiones tan dispares como el paro, la soledad, los celos, la prostitución, el flamenco, el vino, los toros, la Caleta, el Carnaval gaditano o el Mercado de Abastos... Pero, incluso, cuando se queja o cuando escribe a contracorriente, sus expresiones de angustia están suavizadas con un tono lúdico: podemos afirmar que, en sus cometarios, siempre mezcla cierto estoicismo con una evidente esperanza que lo humaniza todo.

Su acercamiento a la realidad inmediata

Dotado de una extraordinaria memoria sensitiva y de una fina sensibilidad literaria, su fórmula es el talento, el ingenio, la disciplina y el trabajo y, por eso, sus obras –que se leen en virtud de su aparente "facilidad"–, tanto por el caudal de problemas que plantea como por la diversidad de soluciones que proponen, poseen una valiosa sencillez, una intensa densidad ética y una elevada estatura estética.

Divertido y apasionado, burlón y enigmático, tímido e impertinente, sentencioso y valiente, abrumado y ligero, travieso y reflexivo, pícaro y tierno, ironiza sobre la hipocresía, sobre sus fundamentos sociales y sobre sus raíces religiosas, se acerca sin tapujos a los fondos más elementales de la condición humana. Vital y existencial –quiere, desea y ama la vida–, amante del juego y del peligro –busca la aventura–, ahonda en la complejidad y en la contradicción infinitas del hombre y en los grandes enigmas de la naturaleza y de la vida humana. Su obra, examinada en conjunto, reúne varios de los rasgos característicos de los creadores más acreditados de nuestra tradición literaria: la habilidad para contar historias, el acierto para adecuar formalmente el lenguaje a las necesidades de nuestro tiempo, y la decisión de comprometerse éticamente. Fernando Quiñones es un testimonio elocuente de la importancia

que alcanza la identificación del autor con su realidad y con su obra, ya que su rigor es comparable a su insobornable independencia[9].

Las claves poéticas

Una de las claves para interpretar de manera adecuada toda la escritura –literaria y ensayística– e, incluso, su trayectoria biográfica es su visión artística y su sensibilidad poética de la existencia humana. Recordemos que en su período de formación literaria quiso ser, sobre todo, poeta. Leyó mucha poesía en su adolescencia y en su juventud, y escribió abundantes y suntuosos versos que recitaba a sus amigos y contertulios. Después, su poesía se anidó con inusitado esplendor en la prosa, inexplicable tantas veces sin la inyección misteriosa, apasionante y vitalizadora de la efusión lírica. Sus relatos siempre hemos de interpretarlos usando categorías artísticas y registros poéticos, el juego de voces y de equívocos de la realidad más simple está ennoblecido y dignificado por la emoción contenida y por el dibujo esbozado de imágenes sutiles y, siempre, sorprendentes.

Quiñones parte del convencimiento de que sólo la poesía puede revelarnos los misterios indescifrables de nosotros mismos. El impulso lingüístico de su narrativa, su carácter rítmico, sugerente, paródico e imaginario, trasciende las posibles impurezas de su origen popular mediante una antigua operación saludable: la poetización que convierte al habla coloquial en imagen del lenguaje. Como ha explicado Moya Ramírez *(Op. cit.:* 92), Fernando Quiñones no establece una diferencia esencial entre la tarea del poeta y el trabajo del narrador, sino que, por el contrario, está convencido de que la sustancia primera y última de ambos géneros es la misma, aunque cada una adopte un cauce diferente de

[9] Es cierto que, sobre todo por su edad, algunos críticos consideran a Fernando Quiñones como miembro integrante de la "generación de los cincuenta" pero no podemos olvidar que ésta es una "agrupación" escasamente homogénea. Sus caracteres son, justamente, la diversidad de rasgos estilísticos, de tendencias de escritura, de contextos sociológicos y de situaciones geográficas. Es una generación, además, que está en continua ampliación: se redescubren, se añaden, se recuperan autores y se omiten otros, en función de los códigos y de las claves de lectura que, a medida en que el tiempo y el gusto evolucionan, configuran el horizonte de expectativas de los críticos y de los lectores.

expresión; si algunos temas se prestan más a los moldes líricos, otros son más apropiados para las fórmulas narrativas, *es decir* –son palabras del escritor– *creo que la poesía vendría a ser como el whisky solo, el relato, con hielo, y la novela, con hielo y agua*. Para él, por lo tanto, la diferencia entre los géneros estriba sólo en una cuestión de extensión y de intensidad: *un poema de dos páginas* –afirma– *puede expresar finalmente la sustancia que contiene un relato de 20 o de 200 páginas*.

Otra de las razones que explican el hecho de que Quiñones esté en posesión de un universo peculiar y de un lenguaje propio es su prodigiosa capacidad de asociar mundos lejanos y su notable habilidad para atrapar la realidad más compleja con esos regueros de sugestiones que perduran como inagotables manantiales. Es, en otras palabras, su plena libertad creativa lo que ha hecho posible que hasta el final, haya seguido jugando a ser un joven escritor y un poeta rebelde que provoca la irritación de algunos críticos.

Lenguaje intensamente sensorial y sensitivo

Otras de las claves de su peculiaridad literaria es su lenguaje intensamente sensorial y sensitivo. Fijémosnos, por ejemplo, en el cuidado exquisito con el que selecciona las voces –tanto la de sus versos como las de sus relatos, por sus cualidades musicales–. Podemos afirmar que sus creaciones literarias constituyen verdaderas composiciones melódicas[10]. Las obras de Fernando Quiñones son hasta tal punto orales que sus textos podrían ser considerados como transcripciones fonéticas efectuadas directamente de discursos coloquiales o de fragmentos literarios, o, quizás, como apuntes destinados a su lectura en voz alta[11] y,

---

[10] Sobre el ritmo en la prosa española véase: Gili Gaya, Samuel, 1993, *Estudios sobre el ritmo*, edición de Isabel Paraíso, Madrid, Istmo.

[11] Para interpretar y valorar sus poemas y sus relatos, y para penetrar en el sentido profundo de sus textos, además de cuantificar y analizar sus imágenes, subrayar los zigzagueantes caminos de sus construcciones sintáticas, clasificar su rico léxico, calibrar cada uno de sus adjetivos, identificar la función de sus preposiciones, hemos de leer en voz alta sus ricas páginas. El secreto de sus verso y de sus descripciones radica en la oralidad. La voz clarifica cualquier aparente dificultad de los textos de Quiñones. Insistimos, para comprender el mundo de Quiñones y su plasmación literaria, una de las claves fundamentales es leer en voz alta.

aún más, a su declamación teatral[12]. Pero, si es cierto que, como ha señalado la mayoría de los críticos, Fernando Quiñones está dotado de una singular habilidad para captar los matices fónicos[13], no es menos verdad que sus textos constituyen un alarde de sensibilidad y de sensualidad en el más amplio sentido de estos términos[14]. Por eso sus obras, además de interpretarlas como si se tratara de partituras musicales, hemos de paladearlas, mirarlas, olerlas y palparlas porque, no podemos pasarlo por alto, su literatura se nutre de melodías, de aromas, de colores y de sabores.

El arte como gesto de generosidad

Fernando Quiñones explica –"cuenta"– su noción de literatura al final de su novela *La Canción del Pirata,* en la conversación que Juan Cantueso, el protagonista –pirata y aventurero– mantiene con el artista sevillano Esteban Murillo. De manera elemental, pero con notable precisión, el relato define la misión del artista, el papel del escritor y la función de la novela, y, al mismo tiempo, traza las pautas orientadoras de la valoración crítica del estudioso y, sobre todo, las claves auténticas para el disfrute estético del lector. Juan había observado que el pintor estaba visiblemente nervioso,

> *Pero, por lo que andaba nervioso aquella mañana, no era por porfiarle eso de subirse a los andamios a su ayudante, que ni había aparecido aún, así que acabé preguntándole qué le pasaba.*

---

[12] No consideramos, por lo tanto, la oralidad como la mera acción de la voz, sino como expansión de todo el cuerpo, como un gesto y una mirada.

[13] Como ha afirmado Muñoz Molina: *Un escritor es alguien que escucha y que mira, alguien que está siempre fascinado por el misterios de la vida común y del habla de la gente, y los escritores que más importan no son siempre los que tienen una voz, sino los que tienen oído (Op. cit.)*

[14] No podemos perder de vista el sentido profundamente humano y el valor intensamente corporal de la voz. Recordemos que, en la voz la palabra es testimonio, huella y promesa. Usando una imagen, podemos afirmar que cada sílaba es un soplo que convierte la pregunta en información, la memoria en profecía. Gracias a la voz, la palabra es exhibición y don, agresión, conquista y esperanza de consumación del otro; interioridad manifestada, liberada de la necesidad de invadir físicamente el objeto de sus deseo; el sonido vocalizado va desde el interior al interior, une, sin otra mediación, dos existencias. Cf. Zumthor, P., 1991, *Introducción a la poesía oral,* Madrid, Taurus.

-La mar no es mía -dijo Murillo- cosa, que me dejó de una pieza ay aún creyendo que había oído mal. Pero otra vez: -Pero -le digo-, ¿no habrá algo que su merced no pueda pintar?
-A ella no -se encabezonaba-. Ya me ha costado unas pocas de horas y de lienzos, Juan, ¡y te digo que me sale muerta!
Bien, pero muerta. Porque, para que lo sepas, todo cuanto va en cosa de arte, pintado o escrito, ha de llevarse antes muy adentro[15] *y lo que yo llevo son las calles y las iglesias y las gentes de Sevilla. De ellas y de la fe, que no me falta, saben también mis santos. Pero ya he visto que pintar marinas no puedo, ¡yo el capacísimo! El que todo lo puedo en pintura según hablan. Sin ser verdad. (328-329)*

No se puede pintar, decir o escribir lo que no se lleva dentro. El arte es expresión y el escritor, en un gesto de generosidad, descubre lo más auténtico de su interior y desvela lo más noble de su intimidad. Cuando un novelista describe un paisaje o cuando narra una acción, nos ofrece su interpretación personal, su valoración propia de lo que le rodea[16].

El valor de una obra artística, por lo tanto, reside en la sinceridad con la que se expresa el crador: en la fidelidad a la realidad de cosas del mundo en el que vive y, también, en la lealtad con la subjetividad del poeta, pero también hay verdad en cuanto en él nos habla con sinceridad un hombre. La literatura es una manera privilegiada de descubrir el eco emocional que los sucesos tienen en la sensibilidad de los escritores. Por eso, la literatura es una verdadera creación. A partir de unos datos tomados de la realidad exterior, el novelista compone un mundo según su voluntad o, mejor, según su sensibilidad.

Fernado Quiñones nos ofrece sus obras artísticas como un fruto anteriormente madurado, como un ser concebido y gestado largamente, como una criatura que tiene su propia entidad y que exige el reconocimiento, el respeto y la admiración[17].

---

[15] Los subrayados son nuestros.

[16] Esta concepción está próxima a la del filósofo J. Maritain quien, en su obra *L´intuition creatrice:* 115, afirma que el artista alcanza la expresión de la realidad precisamente porque la recibe y la siente a su manera. En el arte hay verdad en cuanto nos ofrece el resplandor del misterio que habita en el ser.

[17] Son muchos los estetas que, como es sabido, han acentuado ese carácter autárquico que ostenta la obra genial. El arte es la producción de una forma marcada por una totalidad que nada puede disolver, por una perfección que nada puede comprometer.

Su identificación con el espacio

Otra de las claves creativas es su visión peculiar y su tratamiento original –imaginario y emotivo– de los espacios. Los críticos también han señalado que Quiñones es un escritor topográfico, espacial: vive y escribe en, sobre, de y según los lugares por los que transita. Algunos estudiosos han inventariado los rincones más reiterados y han señalado las analogías de sus escritos con los libros de viajes y con los cuadros pictóricos.

Nosotros juzgamos que, además, es necesario descubrir el fondo emotivo, el fundamento estético y las raíces ideológicas de sus preferencias geográficas y de sus entusiasmos topográficos.

Lo primero que hemos de advertir es que para Quiñones el territorio no es sólo un escenario o un decorado, un ámbito en el que se sitúa y desde el que divisa e interpreta la realidad circundante y cambiante, sino, también, un soporte de significados vitales, un objeto de identificación y una materia de sacralización. Es, ciertamente, un escenario en el sentido teatral y cinematográfico: concibe la literatura y vive la vida como un espectáculo, y, por eso, sus obras son guiones destinados, más que a la lectura, a la representación, más que a los lectores a los espectadores.

Los escenarios de sus obras no son superficiales ni gratuitos porque Quiñones maneja un mundo de referencias que no le es ajeno: se nutre de experiencias propias y dispone de un material verdaderamente suyo, personal, surgido de sus vivencias y de su observación de la realidad. Quiñones habla, en primer lugar, a sus paisanos y a sus conciudadanos de sus problemas, de su sociedad, de su historia y de su presente. Por eso hace continua referencia a rincones "convividos" o "cohabitados" con sus lectores. Para disfrutar con las obras de Quiñones es aconsejable, por ejemplo, pasear por las calles y por las plazas de Cádiz, bañarse en la Caleta y comprar en el Mercado de Abastos, visitar Arcos de la Frontera o Chiclana, viajar al Caribe, –en especial a La Habana y a San Juan de Puerto Rico– o asistir al Carnaval de Venecia. Hemos de reconocer, además, que, después de leer las obras de Fernando Quiñones, todos estos lugares adquieren nuevos alicientes y resonancias singulares.

Pero hemos de insistir en que Fernando Quiñones, no sólo contempla los paisajes, sino que, apoyándose en su mundo imaginario y mítico, los escucha con atención y con respeto, interpreta sus mensajes y los traduce con sus palabras y con sus imágenes. Se acerca cordialmente hasta tal punto, que se identifica con algunos rincones como prolongaciones de su propio organismo, como expansión de su propia carne. La

admiración fetichista que siente por algunos lugares de su juventud, adobados por la mirada nostálgica del pasado, le lleva a considerarlos como sagrados, hasta tal punto que –adoptando una actitud religiosa, próxima a un panteísmo– no disimula la devoción que siente hacia ellos.

En la mayoría de sus relatos, unos trágicos, otros cómicos y otros épicos, algunos desgarrados y todos hiperbólicos, los personajes viven y actúan atraídos por el mar, y sus apasionados relatos de amor se justifican desde el amor a una ciudad, a una calle, a una plaza o a una playa.

Búsqueda de una voz propia

Otro de los rasgos más carácteristicos del perfil literario de Fernando Quiñones es su incansable y su explícita búsqueda de una voz poética propia e inconfundible[18]: en todos sus escritos podemos encontrar el lenguaje ajustado a su peculiar manera de concebir la literatura y la vida humana. Las imágenes se reticulan y se adentran en proximidades y en energías de interacción y de construcción fuera de lo común. Como un auténtico "animal lingüístico", Quiñones es, sin duda alguna, un tejedor: sabe tejer con la suma de la realidad psicológica, sociológica y cultural, los objetos artísticos que constituyen nuestro mundo y acierta plenamente cuando teje esa red sintáctica a base de palabras –ricas en colores, sonidos, sabores y emociones– pacientemente recogidas de los labios populares.

Si sus poemas se alimentan del rico caudal encerrado en la tradición española, sus relatos se nutren del material léxico que extrae de las canteras inagotables del habla popular gaditano. Sus novelas y sus "cuentos literarios" muestran con claridad, además de su capacidad fabuladora, su extraordinaria habilidad y su singular talento para interpretar y traducir, para depurar y ennoblecer –para poetizar– los vocablos que escucha en un "bache" del Barrio de la Viña o en un "puesto" de la Plaza de Abastos. Nos llama la atención, de manera especial, el tino con el que selecciona y relaciona las palabras por sus significados semánticos, por su riqueza fónica, por su fuerza connotativa y, también, por su agudeza humorística.

---

[18] Como afirma George Steiner, "el atributo que distingue lo trivial, la obra, efímera, ya sea en la música, en la literatura o en las artes, consiste en que puede clasificarse y comprenderse de una vez por todas" , 1998, *Errata, El examen de una vida,* Madrid, Siruela.

Conclusión

Tras las reflexiones anteriores, podemos concluir que la dilatada vida –inspirada en modelos literarios– y la densa obra –repleta de páginas vividas– de Fernando Quiñones están animadas por una irreprimible ambición estética y están orientadas hacia la creación de una sólida personalidad literaria. Poseedores de un variado universo poético y de un lenguaje narrativo propios, sus libros constituyen testimonios irrefutables de la función creativa y recreativa de la Literatura con mayúsculas y de la multiplicadora vida de las palabras.

Sus sabrosos y agridulces escritos nos divierten y nos ilustran, nos distraen y nos explican de manera amena diferentes cuestiones actuales sobre la apasionante tarea de los creadores, sobre el poder y sobre la insuficiencia de las palabras, sobre la extrañeza y la proximidad de la vida ajena, sobre la narración de anécdotas como metáforas de la nuestra propia vida, sobre la lengua como instrumento de servicio y de dominio, y, especialmente, sobre la naturaleza de la literatura como inagotable fuente de preguntas en torno a la vida humana cuya originalidad no siempre reside en las respuestas. Sus expresiones y sus imágenes son tan enérgicas y tan ricas que sacian, incluso, el más hambriento apetito de percepción y a las más amplias capacidades de recepción.

El valor principal de su obra estriba, a nuestro juicio, en el acierto con el que logra que una voz, un grito o una anécdota revelen la existencia de esa relación misteriosa y simbólica que rige el destino de los personajes y que estimula las emociones de los lectores, sin que nos demos cuenta de que ellos y nosotros somos marionetas en sus hábiles manos.

Juzgamos, finalmente, que la riqueza expresiva de los textos de Fernando Quiñones radica en la rigurosa coherencia con la que se armonizan sus claves vitales y literarias, y en la perspectiva original que nos ofrece a los lectores para que leamos la vida y para que vivamos la literatura de una manera más libre, más consciente y más divertida. Quiñones ofrece a los lectores y a los críticos la posiblidad de leer y entender sus novelas sin exigirles a sus cerebros demasiado esfuerzo. Porque esa es exactamente la otra de sus cualidades; la visión privilegiada de la vida. Gracias a su capacidad de observación, descubre las capas más profundas de la personalidad humana, penetra hasta comprender las motivaciones últimas y las aspiraciones supremas que dan sentido a los comportamientos más disparatados, bucea hasta dar con las raíces hondas que nutren de savia a las distintas acciones. Y, después, es cuando bus-

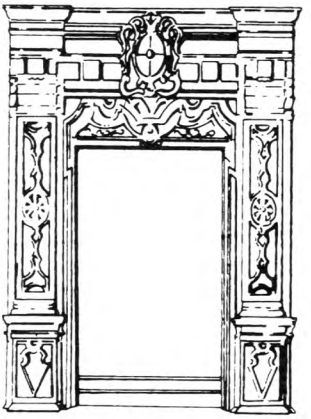
ca y encuentra el término preciso y la expresión adecuada para hacer entender ese mundo original y distante, al mismo tiempo, común y familiar. Porque la novela, la buena novela, cuando nos lleva a ámbitos lejanos, nos revela rincones oscuros de nuestra personalidad y nos formula nuestras propias inquietudes, nos descubre nuestra cotidianas aspiraciones. Es una pantalla y un espejo[19].

Toda su vida es la búsqueda ansiosa de un lugar, de un tiempo y de un lenguaje. Estos tres elementos constituyen su patria, su ciudad, su hogar y su voz. La obra de Fernando Quiñones está construida sobre una base poética que opera con un vasto sistema de registros que funcionan a partir de una serie de percepciones y de emociones convergentes. Todos su mecanismos literarios giran en torno a una órbita que marca los relatos y los correlatos de su vida y de su obra, de su pasar y de su hacer. Su lección es tan variada como rica en los tonos que fundan su propia experiencia y sus clarificadoras reflexiones.

El valor de su obra reside, a nuestro juicio, en la rigurosa coherencia de sus claves estéticas y vitales.

---

[19] Esta es la función y el significado de *La Canción del Pirata*. En ella Juan Cantueso, al objeto de evitar o, al menos, demorar su sentencia y su ejecución, cuenta su vida al bachiller Irala, sobrino del alcaide del penal. Le relata su niñez y su juventud en Cádiz, su paso por San Fernando y los Puertos, su forzosa huida a Venecia, su vuelta a Sevilla y su aventura por las Indias, su regreso a Andalucía y su encarcelamiento en Cádiz por un delito que no cometió. Sus crímenes, sus amores, sus trampas en el juego, sus robos y sus borracheras y, en pocas palabras, cada uno de los sucesos y de las peripecias que, si bien considerados aisladamente son anécdotas sorprendentes, situados en el conjunto de la narración, constituyen datos imprescindibles para comprender el sentido de la vida de un gaditano del siglo XVII. El novelista, a través de esos hechos penetra en el fondo de la mente, del corazón, de las entrañas del que los ejecuta o padece. *La Canción del Pirata* es una explicación del misterio que siempre encierra la vida humana. Analiza la influencia determinante de una geografía –de la tierra, del cielo y del mar– en el talante de los hombres que la habitan; identifica los factores sociales que configuran su índole y su destino y, finalmente, acierta a interpretar el habla peculiar como transparente vehículo de expresión de una vida.



SERVICIO•DE•PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD•DE•CADIZ